

Federica Montseny y el feminismo: unos escritos de juventud

Federica Montseny and Feminism: Some Writings of her youth

INTRODUCCIÓN:
Susanna Tavera García

Universitat de Barcelona

Recibido el 1 de febrero de 1994.

Aceptado el 20 de mayo de 1994.

BIBLID [1134-6396(1994)1:2; 307-329]

Federica Montseny fue interrogada en numerosas ocasiones a lo largo de su vida acerca del significado feminista de su actuación pública. En todas ellas, la respuesta fue igualmente tajante: la primera mujer que, en España y Europa, había accedido a una cartera ministerial confesaba no haber sido nunca feminista. Sus declaraciones dejaban entrever, a lo sumo, la contradicción interna de quien, después de 1960, no quería "perder el tren" del movimiento feminista y, tampoco, alterar sus posiciones de origen. En efecto, la emancipación femenina y el feminismo habían sido temas habituales en sus escritos de juventud, habían articulado sus primeras novelas y habían constituido el eje de numerosos artículos periodísticos publicados por Federica Montseny en *La Revista Blanca*, durante la Dictadura de Primo de Rivera (a constatar la influencia de los trabajos de Soledad Gustavo, su madre, que habían sido pioneros en la época madrileña de *La Revista Blanca*, entre 1898 y 1905)¹. Sin embargo, esta temática cesó de forma contundente después de 1930 y, especialmente, después de la proclamación de la Segunda República. La única excepción acaso fuera *El problema de los sexos*, un pequeño volumen recopilatorio, editado por Federica Montseny

1. Ver DOMERGUE: "Le féminisme dans *La Revista Blanca*, 1898-1905. La femme vue par les anarchistes". A EQUIP DE PHILOSOPHIE IBERIQUE ET IBEROAMERICAIN: *La Femme dans la pensée espagnole*, Paris, s.a., pp. 79-96; ITURBE, L.: *La Mujer en la lucha social y en la Guerra Civil de España*. México, D. F., 1974, pp. 43-50; LAMBERET, R.: "Soledad Gustavo, sa place dans la pensée anarchiste espagnole". *Convivium*, 44-45, 1975, pp. 71-99. También el "Pròleg" de F. Montseny en ERA 80: *Els Anarquistes, Educadors del Poble: "La Revista Blanca" (1898-1905)*. Barcelona, 1977, pp. 5-33 (véase, además, la nota 1 al artículo de Mary Nash, que precede a éste, en este mismo número de *Arenal*).

muchos años después en el exilio francés². Federica Montseny no volvió a ocuparse, por escrito, del feminismo y no es difícil imaginar los motivos de un abandono tan fulgurante. Coinciden con sus veinticinco años (había nacido en Madrid en 1905) y con el momento en que empezaba a afirmarse su papel público, como dirigente del movimiento anarcosindicalista catalán, primero, desde la redacción de *Solidaridad Obrera*, el portavoz confederal (enero de 1931), y, al mismo tiempo, desde *El Luchador* (enero de 1931-agosto de 1933), el semanario anarquista, publicado por la pequeña empresa editorial y periodística que regentaban sus padres, y que tanto se distinguió en el ataque a los dirigentes moderados del "trentismo" catalán (al Comité Regional de la CNT catalana no llegaría Federica Montseny hasta 1936)³.

En todos sus escritos sobre temática feminista, de los cuales ofrecemos una selección de fragmentos a continuación, Federica Montseny defendió la emancipación femenina, reclamó la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, e insistió en que, si la mujer había sido hasta entonces "lo que el hombre quería que fuese", sólo debía ser, en adelante, "lo que ella" misma deseara. Sin embargo, nunca defendió Federica Montseny ni el feminismo, ni a las feministas. Sus críticas eran, en general, argumentos muy simples, siempre presididos por la defensa ideológica del apoliticismo ácrata y siempre, también, organizados en torno a la necesidad de establecer la definitiva "humanización" o "naturalización de los sexos" en una sociedad revolucionaria que hubiera eliminado, por tanto, el poder del Estado y del capital. Si lo que pretendía el feminismo era el reconocimiento de la personalidad política o social de las mujeres en la sociedad capitalista, los anarquistas y, en especial, las mujeres anarquistas debían oponerse a una igualdad exigida en avenencia con la desigualdad política y social. Pero, quizás sea la defensa de la "humanización de los sexos" el aspecto más característico de estos escritos: parten de la igualdad natural, establecen paralelismos con el conjunto de los seres naturales y concluyen que, si en la Naturaleza la unión de varón y hembra no dura más que lo necesario para hacer frente a las necesidades de un vástago indefenso, la de los humanos debiera adaptarse a este funcionamiento natural, sin mediar la institución del matrimonio. Para evitar el sometimiento de la mujer al esposo, en la práctica un

2. Los artículos recopilados en esta ocasión fueron los seis titulados "La mujer, problema del hombre" (I, II, III, IV, V y VI), publicados por *La Revista Blanca*, 86,89, 93, 94, 97 y 108 (15-XII-1926, 1-II-1927, 1-IV-1927, 15-IV-1927, 1-VI-1927), pp. 423-426, 527-530, 656-659, 679-682, 9-12 y, finalmente, 366-368. Para el volumen recopilatorio, véase la nota 12 de Mary Nash, art. precedente. Quiero agradecer aquí la amabilidad de María Capdevilla, quien me he permitido consultar el Catálogo inédito de *La Revista Blanca*, realizado por ella y Ferrán Gallego en 1973.

3. Para el periodismo de Federica Montseny, ver el trabajo de Susanna Tavera, nota 11 de Mary Nash, art. precedente. De S. Tavera, también: *Solidaridad obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarco-sindicalista. (1915-1939)*. Barcelona, 1992, pp. 85 y ss.

“amo y señor”, Federica Montseny propone la individualización de los sexos (el “individualizamiento” en los textos), o sea, la relación en régimen de independencia, tanto para el hombre como para la mujer. Se trata, en suma, de una conclusión lógica del anarquismo individualista —según ella “puro”—, muy en consonancia con los planteamientos defendidos en esos mismos años por la familia Montseny ⁴.

Pero, si la condena del feminismo estuvo presente en los escritos de Federica Montseny desde 1923-1924, es evidente que la visión individualizada de la vida y del comportamiento femenino fue ligeramente posterior. Fue formulada después de 1926, paralelamente a los argumentos de *La Victoria*, *El Hijo de Clara* y *La Indomable*, las tres primeras novelas de Federica Montseny y, quizás, las únicas largas que escribió ⁵. De hecho, existe una complementariedad tan acusada entre las ideas manifestadas por Federica Montseny en artículos de prensa y novelas que resulta difícil analizar unos y otras por separado. Es la trama de sus novelas la que sugiere el extremo hasta el cual Federica Montseny había personalizado el problema, proyectando en él su incertidumbre juvenil respecto a sus propios proyectos de vida. Como sus protagonistas, Federica Montseny reclamaba el derecho a “conservar siempre, gracias a [su] trabajo, la independencia económica y la libertad de acción” ⁶. Reclamaba la libertad de ser una literata, sin que por ello le ocurriera lo que a otras escritoras, prácticamente anónimas, cuyos “dedos de rosa podía [haberse manchado] de tinta con los borradores de [un] insigne amigo: [pero] escribiendo obras propias, ¡jamás!” ⁷. Exigía el derecho a ser “caudillo, guía, maestra, conductora de multitudes [y] luchadora por el ideal”, es decir, dirigente anarquista, sin renunciar a la maternidad, considerada siempre en sus escritos como la culminación de toda naturaleza femenina: “Mujer sin hijos es árbol sin frutos, rosal sin rosas. La cuestión está en saber ser madre y serlo consciente y voluntariamente” ⁸. En resumen, frente a la sumisión femenina, Federica Montseny proponía construir autodidácticamente a la mujer nueva, como un auténtico “Prometeo”, capaz de difundir entre hombres y mujeres la voluntad de cambio social y, también, de sexos ⁹. Es evidente que así, con el mito clásico, redefinido por el Romanticismo

4. Véase la nota 12 de Mary Nash, art. precedente. También, ÁLVAREZ JUNCO y TAVERA, S.: “Federico Urales. El publicismo como militancia anarquista”. En VV. AA.: *Pensamiento político en la España Contemporánea, 1800-1950*. Barcelona, 1992, pp. 513 y ss.

5. Ver notas 8 y 9 de Mary Nash, art. precedente. También, MONTSENY, F.: *El hijo de Clara. Segunda parte de la Victoria*. Barcelona, 1927.

6. *La Victoria...*, op. cit., pp. 73-74.

7. MONTSENY, F.: “La mujer, problema del hombre”, art. cit., p. 424.

8. Los entrecomillados en MONTSENY, F.: *La Victoria...*, op. cit., p. 91 y “La mujer, problema...” (IV), art. cit., p. 682.

9. Ver el “Prólogo” a la tercera edición de *La Victoria...*, op. cit., pp. 5-10. También, el capítulo XXII de *El hijo...*, op. cit., pp. 239-245.

y adoptado por el anarquismo, Federica Montseny plantea el acceso de las mujeres a la capacidad inventiva y las posibilidades especulativas propias del genio humano que, como establecía la representación mítica, estaban sociológicamente reservadas a los hombres en la España del primer cuarto de siglo. Federica Montseny no aceptaba la diferencia y, si la rompía, lo hacía incorporando la mujer al mundo del varón ¹⁰.

La individualización de las relaciones entre hombre y mujer también fueron definidas por Federica Montseny después de 1926 como reflejo fiel de un conjunto de percepciones literarias (en aquellos mismos momentos, destacaron las numerosas críticas literarias que publicaba en *La Revista Blanca*). Fue la propia Federica Montseny quien confesaría el propósito de que sus novelas y, en general, sus escritos sobre la emancipación femenina se transformaran en un anti-veneno "vargas-vilista" activo ¹¹. "Vargas-vilismo" viene de Vargas Vila y éste era un escritor colombiano, cuyas novelas, reeditadas por Sopena en los años de la Primera Guerra Mundial, constituyeron un auténtico éxito editorial, siendo ávidamente leídas en medios obreros y anarquistas de Barcelona. Federica Montseny defendía su mujer "moralmente emancipada respecto a la sociedad y los hombres", con la intención de contrarrestar aquella otra visión, la del prototipo femenino, defendido por Vargas Vila en *Ibis* y otras novelas, según el cual las mujeres no son para el hombre más que la perfidia del reptil y el amor de la carne, representan la "maldición de Eva", el "deseo" y el "dolor" ¹².

Cabe añadir que plantear, como hemos hecho aquí, las particulares motivaciones de un conjunto de escritos sobre el feminismo y la emancipación de la mujer, no significa relativizar la continua e indómita lucha de esta mujer, reconocida como dirigente política destacada, cuando el protagonismo social de la mayoría de mujeres españolas todavía se circunscribía al ámbito del hogar y la familia. Por el contrario, tan sólo pretende señalar las condiciones concretas, gracias a las cuales, unas cuantas consiguieron ponerse al margen de lo común.

10. Prometeo es el titán que robó el fuego de la sabiduría, entregándolo a los hombres para protegerlos de su indefensión ante los dioses del Olimpo. Descubierto, fue condenado a que, sujeto a una roca, sus vísceras fueran interminablemente devoradas por un ave rapaz. En clave modernista, el mito fue traducido a la militancia anarquista por Pere Coromines: "Zeus, como el capital; los obreros, los hombres en general; y Prometeo, los "luchadores revolucionarios", empeñados en transmitir el saber liberador a la clase trabajadora. COROMINES, P.: *Les dites i facècies de l'estrenu filàntrop en Tomàs de Bajalta. Llibre Tercer. Prometeu*. Barcelona, 1934, p. 122.

11. La actitud de Federica Montseny en el Prólogo a *La Victoria...*, *op. cit.*, y "Las mujeres y Vargas Vila" o "Más sobre Vargas Vila". *La Revista Blanca*, 43 y 57, 15-II-1925 y 1-IX-1925, pp. 1-2 y 1-3, respectivamente.

12. VARGAS VILA, J. M.: *Ibis*. Barcelona, 1918, pp. 7-22 y 102.



Federica Montseny. Archivo privado.

SELECCIÓN DE TEXTOS

“¿Feminismo? ¡Jamás! ¡Humanismo siempre!”

“[...] Le dedicaré, por tanto, otro artículo al tema del feminismo, que quizá no hará más que repetir lo dicho en anteriores sobre el mismo asunto trazados, ya que dada su permanente actualidad y su lamentable y errónea tendencia, opino que el feminismo merece continuas críticas, y la emancipación de la mujer, máximo problema de los tiempos presentes, el esfuerzo modesto de los que en ella y en su influencia bienhechora tenemos puesta nuestra esperanza.

“Antonio Dubois¹ en su artículo, divide en dos al feminismo: Uno es el que según él, ‘conserva todos los encantos poéticos de la mujer’ y otro —el del ‘Tercer sexo’, movimiento formidable que tiene su cuna y su fuerza en Inglaterra— el rudo, acre, despótico, imperativo, con la falta de feminidad que caracteriza a las mujeres solteras, que odian a los hombres porque no han podido casarse.

“El ‘Tercer sexo’, partido numerosísimo —lo que indica el gran contingente de mujeres que la guerra sentenció, con su monstruosa devoración de hombres, a la soledad forzosa— tan numeroso que lanza la cifra de un millón 700.000 adherentes, es el que quiere derribar del Poder al hombre y, desde él, imponer su dictadura a la Humanidad. Sin embargo, Antonio Dubois, humorísticamente, opina que unos cientos de miles de matrimonios aplacarían las iras reivindicadoras de ese millón y medio de mujeres energúmenas.

“Éste ha sido, el del llamado ‘Tercer sexo’, el movimiento feminista más importante en Inglaterra. El otro, el que ‘conserva todos los encantos poéticos de la mujer’ es lo que se ha bautizado con el nombre de socialismo cristiano, de importación de los países latinos, donde logró adquirir, particularmente en Francia, ciertos ribetes reformistas por haberlo adoptado las mujeres intelectuales y doctas, de tímida tendencia izquierdista. Más aclarado aún: es el propio feminismo anglo-sajón, perfumado y suavizado por la galantería y la espiritualidad humanista y ligera de las razas meridionales.

“En España no existe el feminismo de ‘Tercer sexo’. No existe tampoco el socialismo cristiano. En realidad, no existe feminismo de ninguna clase y si alguno hubiese, habríamos de llamarlo fascista, pues sería tan reaccionario e intolerante, que su arribo al Poder significaría una gran desgracia para los españoles. Afortunadamente, no sucederá tal cosa.

“En cuanto a los feminismos europeos, o las dos clases en que divide el feminismo Antonio Dubois, estimo, como siempre, que ambos adolecen del

1. Antonio Dubois es autor de “El tercer sexo”, un artículo publicado por *El pueblo* de Valencia, véase MONTSENY, F.: “Feminismo y Humanismo”. *La Revista Blanca*, 33, 1-X-1924, Barcelona, p. 12.

mismo defecto capital, suavizado en uno, áspero y estridente en otro: la falta de humanismo, de este amor a la humanidad que forma el máspreciado y generoso fundamento de todos los ideales.

“Es más aún: examinando fríamente el feminismo, sus puntos, sus programas máximos y mínimos, se llega a sacar la conclusión de que él, su fuerza retrógrada y coercitiva, suave o áspera —lo mismo da, pues quizás es más reaccionario el latino, con sus ribetes de socialismo o mejor, de sillonismo, que el anglo-sajón, con sus pintorescas ansias revolucionarias de despechadas— representa un factor muy importante y muy grave, puesto al servicio de la reacción y con posibilidades de entorpecer el camino de las ideas modernas. Es decir, el feminismo, partidario de Estado, de privilegio, de mando, de intolerancia religiosa y moral, de asperezas de sexo, de brutalidad dominadora o de falsa suavización de costumbres, puede convertirse, en el proceso evolucionista de los tiempos modernos, en el revulsivo que coarte la libertad del hombre, y de las mujeres, minoría por desgracia, que han logrado despojarse del lastre de los siglos transcurridos en el obscurantismo y el embrutecimiento intelectual.

“Yo creo que la cuestión de los sexos está clara, meridianamente clara: Igualdad absoluta en todos los aspectos para los dos; independenciamiento para los dos; capacitación para los dos; camino libre, amplio y universal para la especie toda. Lo demás es reformismo, relativista, condicional, y traidor en unos; reaccionario, cerril, intransigente y dañino en otros.

“¿Feminismo? ¡Jamás! ¡Humanismo siempre! Propagar un feminismo es fomentar un masculinismo, es crear una lucha inmoral y absurda entre los sexos, que ninguna ley natural toleraría.”

* * *

“El día que la mujer legisle y administre, continuarán las injusticias, los privilegios, las desigualdades, las miserias y las luchas, porque las bases de la actual sociedad, que Antonio Dubois cree podrá apuntalar el feminismo que conserva todos los encantos poéticos de la mujer que los tenga, no hay fuerza humana que las apuntale, ya que ellas, podridas e injustas, están condenadas a morir.

“He aquí el error fundamental del reformismo, que, como todos los partidos políticos, y hasta como nosotros mismos, ven en la mujer, como madre, educadora y compañera del hombre, un auxiliar precioso y un elemento decisivo para las ideas que se disputan la hegemonía del pensamiento: El reformismo, sea femenino o masculino, cree poder apuntalar a la actual sociedad con concesiones y paliativos. De ahí el origen del socialismo cristiano en Inglaterra y del feminismo meridional, impulsado y favorecido por los partidos de izquierda,

feminismo más peligroso que el otro y que en un porvenir no muy lejano verémosle representando el freno tradicionalista en los grandes acontecimientos sociales que se avecinan.

“Por esto ya repetiré siempre que el feminismo, sea el que fuere, suave o áspero, reformista o ultramontano, no puede ser jamás un factor evolutivo ni un valor de renovación social. A lo sumo, con su reformismo, una pequeña consquista arrancada a las preocupaciones y el ancestralismo.

“Socialmente, acepta y exige privilegios que si son injustos disfrutándolos los hombres, también lo serán si los disfrutan las mujeres. Humanamente, tolera todas las coacciones de la moral y de la religión, es ordenado y metódico y cuando se vuelve revolucionario es por despecho y no por justicia, y, en ciertos aspectos, da la razón a cuantos hombres no consideran digna de ser igual en libertad y en derechos a la mujer. Es casi una desviación del sexo y en algunos momentos una regresión, representando un peligro para las mismas mujeres que no estén conformes con sus normas e intolerancia. No es capaz de ser demoleedor, generoso, abnegado, valiente y altivo ante la sociedad y la vida. Carece de comprensividad, de ansias de justicia y de dignificación. Está fosilizado por los prejuicios y la moral reinantes y jamás comprenderá, sea suave o áspero, meridional o anglo-sajón, reformista o reaccionario, satisfecho o despechado, lo que es un ideal de armonía absoluta, de paz completa, de universalismo amplísimo, de evolución infinita y de libertad y perspectivas sin límites.”

Fragmento de MONTSENY, Federica: “Feminismo y Humanismo”.
La Revista Blanca, 33, 1-X-1924, Barcelona, pp. 12 y ss.

Feminismo y anarquismo

“El feminismo, aparentemente, sólo tiene y se discute desde dos aspectos y dos puntos de vista; el aspecto conquistador y el reivindicativo; el punto de vista de la mujer y el del hombre.

“Nada en conjunto para nosotros, que no vemos otro aspecto que el social ni tenemos otro punto de vista que el humano.

“[...] Ante todo precisa dividirlo en nacionalidades. Hay enorme diferencia del feminismo anglo-sajón al feminismo latino.

“El primero es más evolutivo; posee ya un poco, no mucho, de inquietud social. El segundo es pobre, muy pobre, no tan sólo en idealidad, sino también en moralidad. Si fuese posible definirlo con dos nombres y arrancando de de su tímida aparición en España poco más o menos paralela a la de su surgimiento en Francia e Italia, diría que está poseído del espíritu de ‘Fernán Caballero’, porque el de Concepción Arenal, ahogándose, huyó de aquí.

“Nula es la trascendencia social y el valor revolucionario del feminismo latino. Nula es, en general, la idealidad de todo el feminismo.

“No hay en él ninguna rebeldía, ningún atrevimiento, ninguna mirada hacia el mañana, ninguna protesta por el presente.

“No hay más que ambición, pequeñez y positivismo. Por positivismo y por ausencia total de ética y de idealidad, limitase el feminismo a pedir la igualdad con el hombre, pero la igualdad de ahora o, mejor dicho, la igualdad con los privilegios de ahora. La miseria de abajo, la injusticia social, la posibilidad de un estado más humano, no existen para nuestro feminismo cursi. Igualdad en el dominio y en los privilegios; igualdad en la acaparación [*sic*] de los cargos de lucimiento y vanidad. Para mañana, nada; para la justicia social, nada; para la superación continuada y evolutiva de nosotros en el porvenir, nada. Hoy. La libertad, misérrima; la justicia, condicional; la felicidad egoísta de hoy.

“[...] Y en España tiene aún la agravante del reaccionarismo de la clase que lo defiende. Está continua y absolutamente sujeto al confesionario. Por lo menos, en los países anglo-sajones, con iguales defectos de fondo que aquí, posee una mayor independencia y liberación moral.

“Además, ajustándose a las necesidades ideológicas del momento, a la inevitable evolución de los criterios, ha recogido en sí algo de las aspiraciones del socialismo, formando un pintoresco amalgamamiento socialista-cristiano.

“Quizá, también dentro de poco, cuando el socialismo propiamente dicho no sea aun tan avanzado, nivelándose con el socialismo ya gubernamental de Inglaterra, sucederá lo mismo en nuestro país.”

* * *

“He seguido con bastante atención el movimiento feminista en España y he estudiado con interés a sus figuras más salientes.

“Triste ha sido la conclusión sacada al final de mis investigaciones. Dejando aparte lo que por dicho hasta la saciedad nadie ignora y ateniéndonos a un criterio estrictamente imparcial, sin buscar la idealidad atrasadísima de las mujeres que lo dirigen, pocas figuras tiene el feminismo español.

“La más intelectual y notable es doña Isabel Oyarzábal de Palencia, conocida con el pseudónimo de ‘Beatriz Galindo’, escritora hábil y que parece iniciar ya, con tanteos literarios, esta tardía implantación del socialismo cristiano en nuestro país.

“No quiero decir con esto, ni mucho menos, que sea relativamente avanzada esta señora. La mujer intelectual más avanzada de España es Margarita Nelken, con serlo muy poco.

“He indicado tan sólo la tímida tendencia, quizá inconsciente, que se encuentra en el fondo de las obras de ‘Beatriz Galindo’.

“En cuanto a las otras figuras, cuyo mérito e importancia no discutiré, pero que no reconozco, desde el momento que de ellas ningún beneficio sacará la Humanidad, preocupación máxima de los que del bienestar y de la libertad colectiva hemos hecho un ideal, considero inútil citarlas.”

* * *

“He señalado varias veces otro defecto del feminismo, que es quizá el más grave: su falta de ética.

“Existe una moral convencional y una moral innata. Como si dijera una moral artificialmente creada y una moral que nace con nosotros, que llevamos en nuestra conciencia y que es la única que los libertarios respetamos y reconocemos.

“El feminismo, siempre de cara a la sociedad y nunca de cara a la vida, posee la moral de las conveniencias, la moral del disfraz, pero hállese completamente ayuno de esta moral que nace con nosotros y que es precisamente la otra moral quien la mata.

“No tiene sentido moral. Y no tener sentido moral significa no tener dignidad ni escrúpulos morales.

“¿Resultados de estas dos faltas importantísimas: falta de identidad y de ética? Que no se distingue entre la reclamación y la humillación, entre el derecho y la gracia, entre la concesión y la justicia, entre lo que debe y no debe hacerse, aplicando políticamente el sentido de la prudencia y de la dignidad.

“Sin idealidad, todos los sistemas son buenos, mientras en estos sistemas haya privilegios y de estos privilegios puedan disfrutar las mujeres feministas, que, afortunadamente, no reflejan el tipo ideal ni de la mujer española ni de

ninguna parte. Sin la moral de la conciencia, quedan sometidas a la vanidad, al positivismo, a la buena vida aparatosa y harta de placeres y de dominio.

“Y no hay exageración, no, en lo que estoy diciendo. No es una manía antifeminista lo que tantas veces me ha hecho tratar este tema. Por el contrario, es la amargura de la realidad lo que pone desesperanza en mi pluma. Es la tristeza que producen estas energías que se pierden, estas vidas sin meta ni generosidad lo que me hace hablar como lo hago.

“—Menos crueldades, menos injusticias, menos dolores; manos que enjugarían lágrimas, que protegerían debilidades, que impedirían masacres con su ternura y su suavidad puestas en el gobierno de las naciones —claman algunas feministas, queriendo demostrar, no tan sólo sus derechos a gobernar, sino también su necesidad.

“¡Gobernar! ¡He aquí toda la idealidad, toda la ética, todo el valor humano del feminismo, palabra sólo aplicable a las mujeres ricas, porque las pobres nunca han sido ni serán feministas; ni las dejarían serlo!

“—Administraremos y gobernaremos mejor— repiten estas mujeres, que no conciben la posibilidad de vivir sin gobiernos.

“Es preciso, ya que de igualdades se trata, igualar en absoluto. El hombre es bueno como lo es la mujer. Ni la crueldad ni la dulzura son patrimonio de un sexo. La mujer es igual al hombre en inteligencia y en bondad. Todas estamos conformes en que debería serlo en derechos. Pero es el monstruo social el que lo descompone todo. Es la fuerza de la autoridad y del predominio lo que ensorbece e irrita al hombre. Y las mismas causas producirían idénticos efectos. Nada ni nadie escapa a esta ley fatal, creadora de todas las tiranías y de todas las esclavitudes. Por esto nosotros creemos que sólo hay un mal y un remedio. Lo demás a lo sumo, son inyecciones que alargan la enfermedad.”

Fragmentos de MONTSENY, Federica:

“La falta de idealidad en el feminismo”.

La Revista Blanca, 13, 1-XII, 1923, pp. 3-4.

Por la igualdad de sexos

“[...] La promiscuidad, la fraternidad, la franca camaradería de los sexos, es algo que está fuera de la mente de las españolas y lejos de la mollera de los españoles. Quizá sea de ello la causa la raza, el sol nuestro, que calienta más que el pálido sol norteño. Preguntad a una muchacha estudianta, a cualquier fémica que haya hecho vida común con hombres, sin tener al lado la clásica ‘carabina’, si ha podido poner en práctica la camaradería de sexos, y os informará, contenta, indignada o escéptica, según sus ideas y temperamento, del natural tenoriesco [*sic*] de los varones de raza hispana.

“[...] Porque los sexos aún se han de descubrir mutuamente. El hombre es el enigma de la mujer y la mujer el enigma del hombre. Lo es hoy aún más que ayer. ¿Ha de ser así siempre? ¿Tan diferentes son los hombres de las mujeres y las mujeres de los hombres, para que jamás pueda llegar la identificación total, el absoluto conocimiento, para que jamás los secretos de las dos esfinges sean descifrados? Por el contrario, la ciencia nos demuestra las analogías; la misma superposición de los sexos; cuán difícil es establecer, fuera del dominio externo, la diferenciación interna de los dos géneros. Moral y prácticamente, se ha demostrado también la identidad de capacidades, que igualan a los dos sexos para el disfrute de idénticas libertades e idénticos derechos.

“No hay enigma. No hay, no puede haber enigma. Y, sin embargo, el enigma existe. Se ha planteado distintamente en la época moderna al adquirir la mujer personalidad propia. No nos comprendemos, quizá porque no sabemos explicarnos, porque en ningún hombre ni en ninguna mujer ha habido la suprema franqueza y la suprema audacia de ser francos.”

* * *

“Y el problema no es sólo español. Es universal. Hasta Francia la *gai* Francia: la Francia que tiene nombre de mujer y sonrisa femenina, la Francia cuyos cetros intelectuales, morales y políticos han estado siempre intervenidos por blancas manos de mujer, Francia también, en el teatro, en la novela, en el libro, discute el extraño problema que es la mujer moderna para el hombre.

“Se lleva a la literatura las diferentes manifestaciones de la nueva personalidad femenina. Abogadas y doctoras son pasto de las plumas que sobre ellas emborronan cuartillas, después de haberse ensañado a su gusto en las ‘femmes de lettres’. Éstos son los tipos ridiculizables y discutibles para los hombres. Pero de la crítica y de la voracidad literaria tampoco escapan las pobres mujeres que se ganan la vida valerosamente, que conquistan el pan propio y el de sus hijos; otras una libertad harto restringida y dolorosa.

“Una mujer que trabaja, estudia, cura, enseña o escribe, para los hombres

es *compleja*; desde luego poco femenina. Anatole France se burlaba de los dedos sucios de tinta de las hadas literarias que dejaban de ser hadas al convertirse en 'literatas'. Mme. Armand de Caillavet, su exquisita amiga, hubo de publicar en secreto, bajo un pseudónimo y con auxilio de un amigo discreto e incondicional, un cándido volumen, acción que sólo resultaba delictiva porque el pobre fruto de su ingenio era hartamente insignificante. Mme. Armand de Caillavet fue el guía, consultor literario de Anatole France. Pero sólo continuaría siéndolo a condición de que permaneciese amante y musa. Los dedos de rosa podían mancharse de tinta con los borradores de su insigne amigo; escribiendo obras propias, ¡jamás!

"Hoy París asiste, en el Teatro de la Renaissance, a las representaciones de una obra, *La Vocation*, que es un tono nuevo, modernizado y parisienizado [*sic*], es decir, hecho más amable y más piadoso y más humano, en el fondo quizá más cruel, de los cuentos y obrillas que el ingenio de Taboada ayer, de Fernández Flores hoy, basaron en ese tema inagotable de la mujer llamada despectiva y con frecuencia injustamente, 'intelectual'. Una 'intelectual' o un 'intelectual' son, en realidad, seres perfectamente ridículos, algunas veces abominables. Una o un 'intelectual' son entes esmirriados, que llevan gafas ahumadas, carecen de sexo y están cargados de vanidad. De inteligencia, frecuentemente ayunos. Pero no es posible llamar intelectuales a los hombres ni a las mujeres de verdadero talento, que engalanan a la especie humana con sus figuras y que han servido a la causa de la Humanidad, poniendo muchas veces junto a los oprimidos su prestigio y su esfuerzo.

"Tampoco es posible llamar intelectuales a estas mujeres generosas y esforzadas, desbrozadoras del camino humano, que han llevado a la ciencia, al trabajo cotidiano, a las especulaciones filosóficas, a la labor de forja de la enseñanza su nota amable, su actividad y su instinto embellecedor y materno, que sólo pueden ser ridiculizadas por seres de baja condición moral, figuras femeninas que merecen el nombre de bienhechoras, de heroínas, de madres del presente y del porvenir.

"Y, sin embargo, encuentran en el hombre en general, en todo el ambiente masculino, una animosidad inconsciente y secreta. Y, cuando no, una actitud de expectación y reserva, quizá una incompreensión aún agrandada. Vense convertidas en nuevos enigmas, o en un enigma renovado y prolongado. Para el hombre, la mujer que cuida a sus hijos, le cose la ropa, le lava los platos, le hace la cama; la otra mujer que le vende sus caricias; hasta la misma coqueta que juega con su corazón, no son tan enigmas como esta mujer medianamente clara, que se gana la vida, que la emplea en un fin que tiende al bienestar y al adelanto social, que ha conquistado valerosamente, con frecuencia dolorosamente, su independencia, el derecho a disponer de sí."

* * *

"[...] Hasta ahora la mujer había sido 'lo que el hombre quería que fuese'. Hoy es, ha de ser, será cada día más, lo que ella quiera ser. ¿Qué importa que al principio su paso sea vacilante, su personalidad confusa, la vida libremente vivida por ella con frecuencia errónea, sus mismas ideas sobre sí misma equivocadas? Está aprendiendo a andar sin andaderas. Hasta ahora, sus andaderas, andaderas forzadas, contra las cuales se rebelaba como podía, habían sido el hombre.

"Una mujer hecha al gusto masculino, forjada por él, muñeca en sus manos, imbuida de las ideas que el hombre le inoculó desde la cuna, cohibida por una religión y unas costumbres y unas morales por hombres creadas, para él elásticas y vulnerables, despiadadas e inflexibles para la mujer, sólo era enigma y problema por sus rebeliones impotentes, por sus venganzas con frecuencia terribles, que con las propias manos del hombre se tomaba. Venganzas de débil, venganzas traidoras, poco humanas y legítimas. ¿Hay más humana y más legítima venganza para una mujer joven y bella, casada con un viejo decrepito, sujeta a él, esclava de él por una ley y una moral inhumanas, que el adulterio, 'la más sabrosa venganza'? La coquetería, la hipocresía que tomaron para disfrazarse, el nombre de feminidad, son otras manifestaciones de su rebelión. Pero así la mujer era *mujer*. Es decir, una gata voluptuosa, con frecuencia rabiosa, que ronroneaba y clavaba las rosadas uñas en el corazón. Así era *femenina*. Feminidad, ya lo sabemos, se llamó a la coquetería y a la hipocresía. Cuanto más coqueta y más hipócrita una mujer, más *femenina*. Las mujeres sencillas y valerosas y las que poseían un relieve personal, eran y son *temperamentos varoniles*.

"Hombres de izquierda usan aún un ditirambo hiperbólico, hablando de una mujer muy inteligente: 'Tiene un talento macho'. En la literatura, una mujer que posea estilo propio y vigor y originalidad, que no sea cursi, en una palabra, 'tiene un estilo macho'. El estilo *hembra* es la cursilería y la vulgaridad."

Fragmento de MONTSENY, Federica: "La mujer, problema del hombre".
La Revista Blanca, 86, 15-XII-1926, Barcelona, pp. 423-426.

El "amor libre"

"Este problema, que intento abordar, es en España, por ahora a lo menos, de difícil solución. En otros países está casi resuelto. Resuelto, sin embargo, en sus ideas generales, en su exterioridad, no resuelto en el fondo, espíritu y esencia de la cuestión.

"Por resuelto lo dimos también nosotros, al crear la palabra 'amor libre'. Pero, ¿quién, hasta ahora, ha puesto en práctica el verdadero amor libre? El que hasta ahora hemos conocido, sólo se diferencia en prescindir de la consagración religiosa y legal. Pero, aparte esto, continúa siendo la unión subordinada de una mujer a un hombre, unión más penosa, más coaccionadora de la libertad femenina, porque, al prescindir del beneplácito social, la deja en la debilidad de su desorientación y del equívoco moral en que ambas morales la colocan, más a merced del varón. Es decir, el esfuerzo hecho al libertarse, casi siempre por amor, muy pocas veces por íntima convicción, del lazo matrimonial, la ofrece temerosa e indefensa al capricho masculino y ante la animosidad familiar y social.

"Sé de algunas pobres mujeres que, de estar casadas en vez de estar unidas, hubieran ya abandonado al *marido* —marido, amo y señor y nada más— que las engañó con el espejuelo de una palabra hoy aún ilusoria. Y no se separan por el qué dirán, por el orgullo doloroso de no dar motivos al enemigo para cantar victoria. Y no hablemos de ese otro amor libre que consiste en catar mujeres, abandonándolas al cabo de dos meses con la insolencia triunfante del seductor. No hablemos tampoco, fuerza es decirlo, de ese otro amor libre, practicado por no pocas mujeres, que en nada se diferencia de la prostitución, delicado y difícil es éste. Tema que requiere largos debates, y, desde luego, el paso progresivo de la vida y el combate continuo para lograr la consolidación de la personalidad femenina y la *humanización, naturalización* de los dos sexos.

"El problema sexual sólo preocupa a los seres humanos. Bien es cierto que sólo ellos disfrutan de los beneficios de una *moral* sinuosa, múltiple y variable. La moral de los demás animales, simple y única, les exime de toda preocupación, les deja libres e independientes dentro del marco de la Naturaleza. Nosotros, seres superiores, vivimos encerrados dentro de los espesos muros de una serie de frases huecas, de vacíos conceptos, que han ido emitiendo cuantos, para su conveniencia propia, necesitaban echar un candado más en la cadena que nos ata. ¿Cómo desligarnos de esa serie de encadenamientos, cómo huir de esa superposición de ataúdes morales que nos mantienen en el fondo de un enorme sepulcro?

"¿Será preciso volver al *dadá* inicial, aplicar a la vida humana el caprichoso juego de palabras de un pasatiempo literario?

"El problema, para los superficiales, los domesticados y los simples, no existe. Para los primeros, la vida humana y la palabra amor carecen de trascen-

dencia. Para los segundos, animales domésticos, están perfectamente regulados dentro de las paredes de su gallinero, bajo la mirada benévola del juez, el cura y la opinión del mundo que ambos representan. Para los terceros, viven en una semiinconsciencia que les permite desenvolver su vida, es decir: nacer, existir, procrear y morir, mecánicamente [*sic*].

“El problema sólo se plantea para los inquietos y los inadaptados, para los que *viven*, en una palabra. Para los que, en otro mundo, ante otra moral, *ante ninguna moral* poetizarían, impulsarían y crearían la vida maravillosa, diversa y múltiple, la sensibilidad y el intelecto, la vida intensa y completa de la insaciable sed y el hambre infinita.”

* * *

“[...] La mujer, por causas fácilmente explicables, de las que el imperativo sexual es de las principales, es, inconscientemente, el eje del mundo. Su influencia sobre el hombre, desde la infancia hasta la edad madura, resulta considerable. Todos hemos visto hombres formales, muy dueños de sí, inteligentes y capaces, perder los estribos ante la sonrisa insinuante de una mujer coqueta. Todos sabemos que, en el fondo de la historia de todos los pueblos, la mano femenina ha detentado unas extrañas e invisibles riendas. Y esto, siendo esclava; y esto, mantenida en la ignorancia, bestia de placer o máquina incubadora de hijos. Y, como es natural, esclava, ha esclavizado; embrutecida, ha embrutecido; debilitada por leyes y morales, sólo ha pensado en debilitar a su tirano, que, mientras con una mano la encadenaba, con la otra cedía a todos sus caprichos y habilidades de gata mimosa.

“En países como España, en donde la mayoría de las mujeres son semianalfabetas, en donde muchas lo desconocen todo, criadas para el hogar, siervas del cura, sacerdotisas del dios ‘qué dirán’ y de la diosa ‘costumbre’, cerradas a toda innovación, sin más horizontes que el matrimonio y la procreación de unos hijos para los que ninguna preparación reciben, a los que nada podrán enseñar, de los que únicamente pueden ser *la madre*, adorada con un poco de piedad y de sentimiento protector; pero, a pesar de todo y por encima de todo, dominando y desequilibrando al hombre con una sonrisa, con una mirada de coqueta o de virgen maliciosa e hipócrita, en España, repito, admiramos el progreso habido y sorprendámonos de no oír aún, por la noche, el paso lúgubre de la Hermandad del Santo Oficio y de que no veamos aún apedrear a las mujeres adúlteras.

“[...] ¿Pero cómo hablar, cómo convencer a una mujer encerrada dentro de sí misma, llevando en ella el atavismo de mil generaciones, naciendo con el cerebro convertido en disco emisor de la serie de conceptos que, en el correr del tiempo, en él fueron estampados? ¿Cómo luchar contra el espíritu invisible de

millones de seres, contra ese algo impalpable e indefinible que llaman el medio ambiente?”.

* * *

“El trabajo que hay que hacer, trabajo abandonado, del que se preocuparon y se preocupan muy poco cuantos planean la sociedad futura y cuantos discuten los problemas post-revolucionarios, es mayor y más difícil de lo que a simple vista parece. Yo sonrío leyendo las elucubraciones de los teóricos, los profundos pensamientos de los filósofos, las trascendentes conclusiones de los pensadores, y pienso que todo aquello: teorías, pensamientos y conclusiones, estadísticas y planos, sistemas filosóficos y enunciados sociales, pueden borrarlos, destruirlos, convertirlos en frases y meras utopías, una mirada femenina.

“Y junto a esos planes, a esas estadísticas, a esas consideraciones y organizaciones de sociedades, veo yo una casa y una mujer y unos hijos. Una mujer ignorante, obtusa, cerrada al progreso; una mujer que rezará mientras el hombre se bata; una mujer que transmitirá a los hijos todos sus prejuicios y supersticiones, su debilidad milenaria de ser desconocedor de la Naturaleza y de la Vida; su miedosa mentalidad de salvaje, para el que el relámpago es un rayo de la cólera de Dios y el trueno su voz tonante. Una mujer para la que no existirán grandes causas; que no sentirá los ardores y los entusiasmos ideales de su *partenaire* en la comedia de la vida. Una mujer que no se preocupará de la sociedad futura, para la que el porvenir se reduce al inmediato mañana en que habrá de ir a la compra y hacer la colada. Una mujer que será, sin embargo, la que moldeará los hijos del hombre, la que, Dios supremo, los hará a su imagen y semejanza.

“¿Servirán de algo los planteamientos de sociedades futuras, las estadísticas y los cálculos, la misma sangre generosa que por ello se derrame, ante esa fuerza muerta poderosa, ante esa potencia negativa, ante ese terrible e incalculable factor de retroceso, cadena que nos liga al ayer, que nos enlaza al pasado oscuro, que nos transmite la mentalidad del salvaje y el temor pueril de una eterna infancia?

“No, no servirán de nada. Al lado del teórico, del pensador, del revolucionario, para los que la palabra *mujer* desaparece unida a la abstracción *hombre* o *ser humano*, es preciso, es imprescindible, que vaya un sembrador singular y sutil, un maestro en una ciencia nueva, un ser quizá inencontrable y semidivino que recree y rehaga, que refunda, que despierte, que llame al corazón distante y al cerebro cerrado.

“En mí estas palabras sorprenderán un poco. Nadie ha defendido más a la mujer; nadie siente con más intensidad la solidaridad y el orgullo del sexo; nadie cree más que yo en la personalidad femenina, que ha de ser cada día, que es ya

cada día, más firme, recta y clara. Pero yo me doy cuenta del estado moral de mi sexo, de la gran labor, difícil y extraordinaria, que tenemos por delante. Difícil y extraordinaria, porque es precisa una creación personal e íntima, una autodidaxia, una autovivificación femenina. No creo en Pigmationes creadores de mujeres ideales, en Andreidas frías y mecánicas, despojadas del atributo sublime de la pasión y sus locuras sobrehumanas. Por esto he dicho que es preciso un sembrador singular y sutil, un maestro de una ciencia nueva, un ser quizá inencontrable y semidivino...

“La tarea es ardua y la labor lenta. Y debemos empezar por convencer de la necesidad de ella. Yo ya estoy convencida. Convencida porque sé la influencia de mi sexo, decisiva, fundamental y absoluta. Sé, y lo repetiré hasta la saciedad, que todo esfuerzo se estrellará, impotente e inútil, si no se ha resuelto antes el problema trascendental, definitivo, que son la mujer para el hombre y el hombre y la mujer para la Vida toda.”

Fragmento de MONTSENY, Federica: “La mujer, problema del hombre (II)”.
La Revista Blanca, 89, 1-II-1927, Barcelona, pp. 527-530.

La individualización de las relaciones entre sexos

“Sé de antemano cuán inútil tarea he emprendido. Inútil, porque mi pobre pluma no obrará el milagro de despertar en la mujer esa personalidad, esa conciencia de su misión, que son condiciones previas y precisas para que ocupe en la vida el lugar que le pertenece.

[...] Además, si todos estamos de acuerdo en que no ha de ser el hombre el que moldee a su gusto la personalidad femenina; si todos reconocemos cuán difícil es juzgar a un sexo desde el otro; si nos rebelamos contra la milenaria intromisión masculina en nuestra intimidad mental, tanto como en nuestra vida de relación exterior y colectiva, sin que ello signifique absurda lucha de sexos, necesario es que seamos las mujeres las que, de mujer a mujer, discutamos y resolvamos nuestros problemas.

“¿Quiere esto decir exclusión del hombre de nuestra vida y separación de los problemas de ambos sexos? De ninguna manera. Pero el hombre ha de mantenerse al margen de nuestras discusiones, cuando éstas sólo atañen al problema *exclusivamente* femenino. Es decir, cuando se trata de determinar las inquietudes, las nuevas modalidades, las nuevas formas de existencia moral y social femeninas. Cuando llega a abordarse el problema del amor, común a ambos sexos, entonces el hombre es parte interesada e imprescindible.

[...] En realidad, el amor está por encima de toda ética. En el amor, como en el arte, la moral no puede existir ni existe. El amor, instinto e intuición pura, expresión la más sabia y la única absoluta, dentro de su relatividad infinita, de la vida, atiende sólo a su imperativo categórico, a su ley informada e irresistible. ¿Qué norma, qué valla vale contra su fuerza poderosa e instintiva? Además, está fuera de todo cálculo, de todo molde, de toda deducción, de toda consecuencia, de toda ley de causalidades. Es espontaneidad completa, irreflexión deliciosa y eterna.

[...] Se ha dicho y repetido que el mayor adversario del amor es el matrimonio. El matrimonio es la tumba del amor. Jamás se dirá verdad tan verdadera. Lo es, no tan sólo por su coacción insoportable, sino porque no hay amor que resista a la convivencia permanente. Antes del amor logrado, esta convivencia es ilusión; después, plenitud; al fin, hastío. Cuando hay buena voluntad y aprecio al margen del amor mismo, el amor se convierte en amistad dulce, en cariño mecánico, más lejos del amor que el mismo odio. Si en el fondo del amor no hubo aprecio, si no hubo más que deseo, nos hallamos en presencia del verdadero infierno. Y quien esto diga del matrimonio ha de decirlo de toda unión a base de la convivencia.

“¿Cuál será, pues, el porvenir del amor? Rechazo desde luego el comunismo amoroso y con igual energía esa nueva modalidad de la camaradería amo-

rosa, preconizada por Armand ¹ en Francia. Eso, lejos de un adelanto, representa un retroceso; lejos de un paulatino individualizamiento [*sic*] de la vida humana, es decir, de una descongestión paulatina, de un desplazamiento del cuerpo sociedad hacia la célula individuo, representa la uniformidad, la vulgaridad en amor, la muerte de la ilusión amorosa y la imposibilidad de la selección natural, que la sabiduría del amor realiza concienzudamente.

“Sobre cuál será la forma amorosa del porvenir, no pueden hacerse juicios. En cada individuo, el amor tiene una manifestación, una variedad y un concepto. [...].

“Desde luego, partamos de la base de que el hogar irá desapareciendo poco a poco. La vida se irá individualizando, a medida que las condiciones sociales liberten a los hombres y a las mujeres de la necesidad de unirse para el mutuo apoyo. La familia subsistirá, y con ella la forzada sujeción de la mujer, mientras el porvenir de los hijos dependa de los padres, mientras la vida de los pequeños no esté garantizada en todo momento por el desarrollo armónico de las libres actividades humanas.

“Entre los animales, los hijos, indistintamente, están bajo la custodia de la colectividad. Mientras viven los padres, o la pareja, llámese de monos, de leones, de golondrinas o de lobos, permanece unida, los hijos dependen de ellos. Si la muerte o las necesidades de la vida separan la pareja, la colectividad se hace cargo inmediatamente de la abandonada madriguera, cubil o nido. Lección de moral que la Naturaleza continuamente nos da, de la que Kropotkin nos presenta múltiples ejemplos en su *Ética* y que los hombres, pretendido último peldaño de la escala zoológica, tan mal aprovechamos.

“[...] Dejamos, pues, sentado, que se tiende, *necesariamente*, a la desaparición del hogar, al individualizamiento [*sic*] de los individuos, varón y hembra. Para esa desaparición y para ese individualizamiento [*sic*], nos será preciso contar con un nuevo tipo de mujer que no sea el tipo de mujer corriente.

“Y en ese momento empieza a *feminizarse* el problema; es decir, a ser de la exclusiva incumbencia de nosotras. Lo que intentaré discutir yo en este y en sucesivos artículos, haciendo constar que luego los hombres habrán de discutir y determinar el tipo de hombre que lleve a la práctica la nueva forma de vida, forma que no olvidemos depende, ante todo, de la transformación del presente orden de cosas.

“Las necesidades de la vida moderna, el enorme contingente de solteras que la guerra, disminuyendo el número de hombres, por una parte, y la cada día mayor repugnancia del hombre a encadenarse por medio del matrimonio, de

1. Emile Armand (París, 1872-Rouen, 1962), pseudónimo del anarquista francés Ernest-Lucien Juin, activista individualista, especialmente visible en los años de la I Guerra Mundial, autor de folletos, traducidos a numerosas lenguas por sus propios correligionarios, dedicó especial atención al tema de la liberación sexual (véase MAITRON, J.: *Le mouvement anarchiste en France*. (2 vols.). París, 1983).

otra, produjeron y producen, han sacado a la mujer moderna del hogar, obligándola a ganarse ella misma la vida; es decir, a tener, con esos deberes, derechos nuevos: Más libertad, menos necesidad de someterse al hombre, un poco más de independencia moral.

“Pero no nos hagamos ilusiones. La mujer, con el cambio, poquísimo ha ganado y poquísimo hemos ganado nosotros. Ha salido del hogar, para entrar en el taller y en la oficina; se ha emancipado del *pater familias* y la potestad marital, para hacerse esclava del burgués. Su libertad, muy relativa, le cuesta la dicha del amor y el próximo porvenir de desamparo sentimental y económico en que la falta de hijos la dejará. Y moralmente nada hemos ganado, porque esta emancipación ha sido, no voluntaria, sino forzada y son muy pocas las mujeres que, libertadas de la tiranía del hogar, no sueñen con el matrimonio.

“Por el contrario, las que, tomando tal como han venido los acontecimientos, han hecho uso de su libertad, la emplean tan mal, que nos han puesto en el dilema de pensar que la mujer no es digna de libertad porque no sabe hacer uso de ella.

“[...] La tarea, pues, está *toda* por hacer. No tenemos ni un patrón sobre que cortar el figurín, ni debemos hacernos la ilusión de que ese figurín sea perfecto. Será, probablemente, un borroso esbozo, sobre el que la vida irá corrigiendo perfiles, agregando nuevas materias. En su confección habremos de intervenir todos. Cada uno dará una idea, expondrá una duda, señalará un defecto. A fin de cuentas, el figurín será irreconocible... y la realidad otra muy distinta. [...]”

Fragmento de MONTSENY, Federica: “La mujer, problema del hombre (III)”. *La Revista Blanca*, 93, 1-IV-1927, Barcelona, pp. 656-659.

El problema de los sexos, insoluble en la sociedad capitalista

“[...] La solución creo firmemente que está en lo que llamo individualizamiento [*sic*]; es decir, amor sin convivencia, amor mantenido perpetuamente en su grato período de primavera, renovado o no, según el gusto de cada uno. Amor de enamoramiento perenne, en el que cada posesión significaría una conquista nueva, un nuevo gaje, una nueva ilusión trabajada moralmente. Y, aunque esto parezca una enormidad, en amor, en esa forma, mantendría su fuego durante largos años; quién sabe si para toda la vida. [...]”

* * *

“Es preciso, pues, salvar a la ilusión. Mantenerla latente, en tensión perenne, renovarla siempre en nosotros mismos y en los demás.

“Las bestias, mucho más sabias que los hombres, saben salvar al instinto de la saciedad, saben conservar la libertad mutua; tienen ya en una palabra individualizado el amor. En épocas determinadas, la pasión, que en ellos es instinto, que en los hombres puede y debe adquirir transcendencia y majestad de amor, los junta. La saciedad da la medida de la duración del amor. Luego se separan, continúan sus vidas individuales, sus vidas que ninguna moral, ninguna ley, ninguna religión regula y que no les impiden ser solidarios entre ellos, respetarse mutuamente; que no impide a las hembras irracionales, como a las hembras humanas, criar tiernamente a los hijos de su amor.

“[...] Pero esta simple y pura y sencillísima moral que la Naturaleza nos señala en las otras especies, señalando con ello cuál es la moral del amor, es necesario saber digerirla. Es decir, tener la cabeza fuerte, el pulso equilibrado, el cuerpo y el alma sanos para no emborracharse con ella. Además, mirarla desde un promontorio, contemplar al rebaño humano a nuestros pies y no hallándonos con él mezclados. La promiscuidad viciosa de las grandes capitales, mancha y tergiversa esta pura moral de la Naturaleza. Es preciso explicarla y aplicarla desde el campo, frente a la vida natural y armónica que palpita por doquier.

“[...] Antes de seguir adelante repetiré, una vez más, que el problema del amor necesita de la solución social. Necesita también de la solución masculina. Quizá, cuando termine estos artículos, escriba yo, si algún hombre no lo hace, otra serie que titularé ‘El hombre, problema de la mujer’. Pero, de la misma manera que hemos de ser las mujeres las que decidamos sobre nuestra personalidad, las que discutamos nuestros problemas, las que nos autocreemos a nuestro gusto y voluntad, también han de ser los hombres los que decidan sobre sí mismos, los que traten y discutan su problema, tanto o más grave para la mujer de lo que es ésta para el hombre.

“Porque, si para ese individualizamiento [*sic*] del amor es preciso contar con un nuevo tipo femenino, tampoco el tipo masculino corriente ofrece las condiciones precisas para llevarlo a cabo. La intransigencia, el brutal sentimiento posesivo, los celos, el amor, absorbente e intolerante, son defectos más masculinos que femeninos, defectos gravísimos que sobran y bastan para declarar insoluble el problema del amor.”

Fragmento de MONTSENY, Federica: “La mujer, problema del hombre (IV)”. *La Revista Blanca*, 94, 15-IV-1927, Barcelona, pp. 679-682.